

# Soldados lectores: la movilización del libro durante la Gran Guerra

*Soldadu-irakurleak: liburuaren mobilizazioa  
Gerran Handian*

Soldiers readers: the book mobilization during Great War

Alfonso González Quesada<sup>1</sup>

zer

Vol. 16 - Núm. 30  
ISSN: 1137-1102  
pp. 229-245  
2011

*Recibido el 13 de junio de 2008, aprobado el 16 de Julio de 2010.*

## Resumen

Durante la Primera Guerra Mundial, todos los países beligerantes organizaron servicios de lectura para sus tropas. El número de libros y revistas que se destinaron se cifra en decenas de millones. La historiografía del conflicto no ha prestado atención a la significación que la lectura tuvo para los combatientes. En el artículo se esbozan los ámbitos temáticos que cabría estudiar para elaborar en el futuro un trabajo que proporcionase una comprensión general del fenómeno y de su influencia en la evolución de la biblioteca moderna.

**Palabras clave:** lectura, prensa, bibliotecas, Primera Guerra Mundial

## Laburpena

Lehen Mundu Gerran gerran zeuden herrialde guztiek beren soldaduentzat irakurketa-zerbitzuak antolatu zituzten. Hartara bideratu ziren hamar miloika liburu eta aldizkari. Gatazkaren historiografiak ez dio behar bezalako arreta jarri irakurketak soldaduentzat izan zuen esangurari. Artikulu honetan, etorkizunean jorratu beharko lirakekeen ikerlerroak iradokitzen dira, fenomeno oro har ulertzeko eta gaur egungo liburutegiaren bilakaeran izan duen eragina ulertzeko.

**Gako-hitzak:** irakurketa, prentsa, liburutegiak, Lehen Mundu Gerra.

## Abstract

During the First World War all the belligerent countries organized reading services for its troops. The number of books and magazines sent was estimated at tens of millions. The conflict

---

<sup>1</sup> Universidad Autónoma de Barcelona, [Alfons.gonzalez@uab.cat](mailto:Alfons.gonzalez@uab.cat)

historiography has not paid attention to the significance that reading had to combatants. The article outlines the thematic areas that should be studied to develop in future work to provide a general understanding of the phenomenon and its influence on the evolution of the modern library.

**Keywords:** reading, press, libraries, First World War

## **0. Introducción**

En el verano de 1914 nadie hubiera imaginado que, cuatro años después, más de 80 millones de hombres lucharían hasta dejar Europa exhausta. Tampoco nadie hubiera creído que tres imperios desaparecerían, y que un monarca y su familia serían ejecutados. Probablemente, cuando se tuvo noticia del ultimátum austriaco a Serbia nadie sospechaba el número de libros que se movilizarían en busca de un lector, ni las múltiples significaciones que para él tendría su lectura. Quizá todo lo anterior hubiera provocado una sorpresa inaudita si alguien lo hubiera anunciado. Una sorpresa similar a la que produce hoy saber que en realidad existió un fenómeno tan colosal y común a todos los contendientes, como la creación de servicios de lectura para los millones de hombres dispersos en los distintos escenarios del conflicto: centros de instrucción, campos de batalla, navíos de guerra, hospitales militares y campos de prisioneros.

La historiografía sobre el conflicto y la historia de la lectura apenas se han ocupado de este fenómeno. No existe ninguna obra que lo haya abordado desde una perspectiva global. Los únicos trabajos sobre el tema se enmarcan en la historia de las bibliotecas. (Young, 1981), (Wiegand, 1989), (Muller, 2000). En este artículo se señalan los núcleos de interés que deberían abordarse para desarrollar en el futuro un trabajo de mayor envergadura que ayudase a comprender la significación que tuvo la movilización del libro en una etapa tan convulsa, y su incidencia en la configuración del nuevo perfil para la biblioteca durante el siglo XX.

## **1. Los precedentes de un proyecto colosal**

Los soldados europeos y norteamericanos que combatieron a partir de la segunda mitad del siglo XIX tuvieron a su alcance libros, diarios y revistas, gracias a la confluencia de tres factores. El primero fue el aumento de los niveles de alfabetización y la incorporación de la lectura como distracción para los soldados. El segundo está relacionado con las reformas que los ejércitos aplicaron para mejorar las condiciones de vida del soldado y elevar su nivel de instrucción. En ese sentido, uno de los cambios más significativos fue el número creciente de bibliotecas creadas en unidades militares. El recelo que las autoridades militares sintieron ante la posibilidad de que las tropas accedieran a literatura considerada subversiva se dispuso cuando el suministro de libros y prensa corrió a cargo de entidades filantrópicas o religiosas. Un ejemplo de este tipo de entidades fue la Sociéte Franklin, responsable de la dotación de las bibliotecas militares francesas a partir de 1875, y del envío de material de lectura a los contingentes destinados en las colonias de ultramar. El tercer factor responde al deseo de los propios soldados de leer. Las bibliotecas de los acuartelamientos fueron insuficientes para atender sus demandas, especialmente en las colonias. La prensa británica de fin de siglo, por ejemplo, solía publicar las peticiones de oficiales solicitando a la población libros y revistas para sus hombres destinados en Crimea, Egipto, Afganistán, Zululandia o Sudán.

Estos antecedentes no pueden compararse con la magnitud de los servicios de lectura organizados durante la Primera Guerra Mundial, porque en ningún caso se trató de servicios planificados, ni de una movilización social generalizada en apoyo de las tropas, como sucedería a partir de 1914. La experiencia más completa, previa a

la Gran Guerra, se dio en Estados Unidos, en la Guerra de Secesión. La importancia dada a la lectura, durante y después de aquel conflicto, imprimió un carácter distintivo a la organización de bibliotecas para el ejército estadounidense, como posteriormente se hizo patente en la Guerra Hispano-Americana, o en el despliegue de tropas en la frontera con México para contener la revolución de aquel país. En ambos casos, los soldados estadounidenses contaron con buenos servicios de lectura.

## 2. Donde había un soldado, había un libro

No todos los países desarrollaron servicios al mismo nivel. Entre ellos hubo diferencias significativas en cuanto a su capacidad organizativa, alfabetización, potencial editorial, experiencia previa en servicios similares, etc. Tampoco debe olvidarse el papel que en cada país jugó la infraestructura bibliotecaria. Si hubo un elemento común a todos los beligerantes fue la dimensión de esos servicios. En una guerra sin precedentes, que movilizó a cerca de 80 millones de combatientes y causó millones de muertos y heridos, también el envío de lectura alcanzó cifras millonarias. Es imposible dar una cifra exacta del número de libros, diarios y revistas que llegaron a los frentes, campamentos, navíos de guerra, hospitales militares y campos de prisioneros. La consulta de la documentación publicada por las entidades involucradas en el suministro de lectura de los principales contendientes indica que no fue inferior a los 30 millones de documentos. Alemania envió a sus soldados cerca de seis millones; un volumen similar movilizó Estados Unidos. El imperio británico, junto a los países de la Commonwealth, doblaron generosamente esa cantidad. La Rusia zarista primero, y después la soviética, reunieron más de cuatro millones. Lejos de estas cifras quedaron Francia, Austria o Italia; sin embargo, en todos esos casos debe hablarse de centenares de miles de publicaciones.

La guerra exigió de cada país la movilización de todos sus recursos, y el universo del libro no quedó al margen, como revelan los datos antes expuestos. Toda la sociedad se movilizó en pro de sus soldados, ya fuese a través de la donación de libros o de aportaciones económicas para su compra. Por otro lado, se puso de manifiesto otro fenómeno sin precedentes: la guerra la hacía un pueblo en armas, pero un pueblo lector.

La compra o la donación de libros representaron un gesto de generosidad y de solidaridad. Muchas de las personas que hicieron su aportación lo hicieron pensando en el hijo, esposo o hermano que quizá leyera aquel u otro libro. No fueron pocos los casos en que se encontraron entre sus páginas mensajes o cartas para quienes se confortarían con su lectura (Koch, 1919: 277). La solidaridad no tuvo fronteras. Algunos países neutrales también se sumaron. En Cataluña, los sectores aliadófilos más comprometidos del catalanismo republicano pusieron en marcha, a través del diario *El Poble Català*, una campaña que reunió cerca de un millar de libros para los soldados franceses convalecientes en hospitales militares (González, 2009: 149).

## 3. ¿Para qué leer?

Referirse a las funciones de la lectura entre los soldados supone distinguir entre momentos y lugares. No tuvo la misma función leer en un campamento de instrucción,

que en un campo de prisioneros. Tampoco fue idéntica la motivación para hacerlo mientras los combatientes malvivían en trincheras, que durante la desmovilización.

La razón que dio pie al desarrollo de los primeros servicios de lectura fue distraer y ocupar el tiempo libre. Combatir el tedio en los campamentos de Salisbury Plain, cercanos a Londres, fue el objetivo que movió al coronel Edward Ward a crear las *Camps Library*, después de recibir el encargo de Lord Kitchener de velar por los contingentes provenientes de las colonias (Ward, 1915). Los soldados no disponían de ninguna distracción saludable en los campamentos en los que se entrenaban antes de cruzar el Canal de la Mancha. Leer se constituyó en el instrumento que, a la vez que servía para fortalecer el patriotismo, combatía los vicios propios de la vida militar. El ejército norteamericano ofrece el mejor ejemplo. El Library War Service se enmarcó en un programa más amplio, dependiente de la Commission on Training Camp Activities. Su objetivo era proporcionar condiciones de vida que fortalecieran física y espiritualmente a los soldados, mediante una oferta diversa de actividades, que incluía audiciones musicales, representaciones teatrales, competiciones deportivas y la posibilidad de leer, gracias a la instalación de bibliotecas en todos los campamentos de instrucción repartidos por el país (Pope, 1995).

Leer tuvo una dimensión terapéutica. Restituía la humanidad perdida en el combate y ayudaba a recuperar el equilibrio anímico. Para los heridos que convalecían en hospitales militares y para los prisioneros de guerra, constituyó el alivio que hacía olvidar su situación.

La lectura también contribuyó a inculcar en los combatientes valores acordes a su condición de militares: obediencia, camaradería, abnegación o heroísmo. En Alemania se publicaron narraciones, poesías y canciones que configuraron el arquetipo del soldado capaz de sacrificar su vida por la patria (Natter, 1999). En Francia, la extensión de las bibliotecas para la tropa, con la creación de miles de *foyers du soldat*, quiso frenar los motines de 1917 (Muller, 2000). Mediante la selección de las lecturas, no sólo se pretendió dar una válvula de escape a la frustración y resentimiento de los soldados, sino garantizar su obediencia y ejercer sobre ellos un férreo control ideológico.

Por último, cabe reseñar una función formativa. La necesidad de los soldados por aprender fue una constante durante el conflicto. Su dinámica exigió el dominio de nuevas máquinas y armamentos, y el aprendizaje de su manejo hacía inexcusable la consulta de manuales de todo tipo. Para otros hombres, la guerra fue vista como una aventura. Muchos así lo percibieron hasta que se desvaneció el espejismo en el campo de batalla. Combatir en Europa supuso descubrir otras tierras, gentes y costumbres. Hubo muchos soldados que se prepararon para ese encuentro con la lectura de guías de viaje, o mediante libros sobre la historia y la geografía del país en el que iban a luchar (Koch, 1919). Otros incluso aprendieron su lengua. Esta dimensión formativa también estuvo presente en los campos de prisioneros. No fueron pocos los que aprovecharon su cautiverio para aprender idiomas. Los campos rusos fueron una Babel que reunió a hombres de múltiples nacionalidades y lenguas, y la Cruz Roja aportó el material para su aprendizaje (Yanikdag, 1999). En otros casos, el afán por aprender propició iniciativas más ambiciosas, que exigieron contar con colecciones de libros para el estudio. En el campo de Ruhleben, próximo a Berlín, gracias a la labor del British Prisoners of War Book Service, se estableció una importante biblioteca con obras sobre todas las disciplinas solicitadas por los prisioneros.

Hasta tal punto fue significativo el ejemplo de Ruhleben que fue conocido como la ‘universidad de Ruhleben’.

La desmovilización fue un período propicio para que la lectura contribuyera a la formación del soldado. La guerra había truncado los estudios de muchos jóvenes. Otros aprovecharon ese tiempo para capacitarse a la espera del regreso a casa y de reinsertarse en el mundo laboral. En ese contexto, y también para mitigar el ansia de los miles de soldados que aguardaban el retorno a sus hogares, se crearon en Francia los *khaki college* y las *khaki university*. Estas universidades nunca hubiesen sido operativas sin contar con cientos de miles de publicaciones (Cook, 2002).

#### 4. ¿Qué leer?

Las funciones que cumplió la lectura determinaron el contenido de lo que leyeron los soldados. De forma genérica cabría distinguir diversos tipos de materiales.

El mayor número de libros correspondió a la literatura de ficción. Desde el primer momento todos los servicios coincidieron en solicitar novelas, cuentos, narraciones y relatos de viajes. Textos amenos, fáciles de comprender. Las autoridades militares de los distintos países coincidieron en establecer criterios para la selección del material que debían reunirse. Los alemanes excluyeron los relatos eróticos y los que transmitieran sentimientos pesimistas o nihilistas. Desaconsejaron además historias de misterio y detectivescas. En el Reino Unido proliferó un tipo de ficción bélica muy popular entre los soldados. No eran relatos de evasión. Evitaban toda referencia a la brutalidad del conflicto para destacar los valores que codificaban el *ethos* militar (Gassert, 2002). Como es lógico, en pocas ocasiones llegaron al frente textos de autores nacidos en la patria del enemigo. Del millar de obras enviadas desde Cataluña a los hospitales franceses, muchas eran clásicos de la literatura de todos los tiempos, pero ni una sola era de autor germánico (González, 2009).

Junto al material de ficción destacó cuantitativamente la obra divulgativa y el manual técnico, tanto para la aplicación directa en la vida militar como para la formación del soldado.

La presencia de contingentes anglófonos en Europa disparó la demanda de gramáticas y diccionarios de equivalencias que facilitasen la comunicación en territorio extranjero. La mayoría de estas obras, además de proporcionar nociones básicas sobre la gramática de cada lengua y la traducción de las expresiones más comunes con su pronunciación, incluía datos sobre el país y sus fuerzas armadas. Uno de los textos más extendidos fue el *Soldiers' French Phrase Book*, distribuido gratuitamente (McKenzie, 1918). Hubo también vocabularios específicos para pilotos de combate y personal sanitario. Algunos de estos manuales fueron editados en los mismos campamentos. En otros casos corrieron a cargo de entidades dedicadas al estudio y la enseñanza de idiomas.

Los textos religiosos tuvieron una presencia muy significativa en ambos bandos. Ciertas organizaciones confesionales participaron en la organización de servicios de lectura y de otras actividades para la recreación de los soldados. En este ámbito destacó Young's Men Christian Association (YMCA), aunque no fuera la única. Por otro lado, las sociedades bíblicas contaban con una tradición más que centenaria en el suministro de textos religiosos a las tropas. A finales del XVIII la sociedad bíblica

británica lo hizo entre los miembros de la Royal Navy. Durante la Primera Guerra Mundial se contabilizaron millones de biblias en ambos bandos y, lógicamente, se editaron en múltiples lenguas (Koch, 1917). En el conflicto tomó parte un buen número de judíos, tanto bajo bandera de Estados Unidos, como enrolados en el ejército alemán. Esa presencia se reflejó en la edición y envío de textos hebreos para ambos contingentes. En otros entornos culturales como el ruso, la influencia de la iglesia ortodoxa en el componente campesino del ejército zarista, explica el volumen de libros litúrgicos que solicitaron los prisioneros rusos desde los campos alemanes.

El valor informativo de la fotografía fue muy apreciado, por esa razón fueron tan importantes para los soldados las revistas ilustradas. Los voluntarios españoles, en su correspondencia con el Comité de Germanor amb el Voluntaris Catalans y con el Patronato de los Voluntarios Españoles, siempre solicitaban el envío de este tipo de revistas (Subirá, 1922).

A pesar del interés que despertaba la prensa entre los combatientes, éstos solían acusarla de no reflejar sus preocupaciones y penalidades. Esa actitud llevó a la desconfianza e incluso al desprecio de la prensa tradicional. Por esa razón proliferaron publicaciones hechas para los soldados y, en algunos casos, por ellos mismos. En todos los ejércitos hubo ejemplos de lo que se denominó ‘periódicos de trinchera’ o *khaki journals*. Su misión era fortalecer la moral y, sin renunciar al humor o a la ironía, combatir las actitudes contrarias a la disciplina. Hacia 1916 se editaban cerca de 200 periódicos en el ejército alemán. Muchos con tiradas superiores a los 50.000 ejemplares. En Francia el número creciente de estos periódicos -a mediados de 1915 circulaba una treintena-, llamó la atención de la Bibliothèque Nationale. Por eso pidió a sus responsables ejemplares para su conservación, ya que los consideraba un documento esencial para el estudio futuro de la contienda. Italia, un mes después de entrar en guerra, ya contaba con *La Scarica*, un dominical humorístico. Le siguió *Vittoria!* Tras la derrota de Caporetto aparecieron decenas de periódicos satíricos con los que combatir el derrotismo. Justo para lo contrario, el enemigo recurrió a publicaciones con cabeceras idénticas a muchos diarios de trinchera (*I cento anni*, 1976: 55). El reducido contingente de voluntarios catalanes que luchó en el ejército francés también tuvo su publicación. *Trinxera catalana* estableció un vínculo entre los combatientes ideológicamente más activos, y actuó como portavoz de sus expectativas ante la marcha del conflicto y las repercusiones que podía tener en relación con el futuro de Cataluña (González, 2008).

En esta revisión no se pueden pasar por alto los *khaki journals* norteamericanos. El ejército de Estados Unidos reunió en sus filas a hombres de tradiciones, culturas y lenguas muy diversas. Y estas publicaciones contribuyeron a sustituir principios, como el de la libertad individual, por otros como el de la obediencia a la autoridad militar. *Trench and Camp* vio la luz en octubre de 1917. Fue una iniciativa del National War Work Council de YMCA (Hopkins, 1951). Llegó a tener una circulación de 380.000 ejemplares y fue distribuido en todos los acantonamientos del país. Una vez en Europa, los soldados pudieron leer el semanario *Going Over*, que pronto pasó a llamarse *Coming Back*. Sin embargo, la publicación más conocida fue *Stars and Stripes*, órgano oficial de las tropas expedicionarias de Estados Unidos. Llegó a alcanzar una circulación de más de medio millón de ejemplares (Meier, 1919).

## 5. ¿Quién colaboró en la organización de los servicios de lectura?

Las aportaciones desinteresadas de libros, diarios y revistas, que hicieron cientos de miles de ciudadanos y gran número de entidades de todo tipo, llegaron a sus destinatarios gracias al tejido institucional encargada de planificar y organizar los servicios de lectura. En cada país, las instituciones responsables de su funcionamiento recibieron, cuando menos, el beneplácito de las autoridades militares para poder desarrollarlos. Los objetivos que en ambos bandos se persiguieron con el envío de lectura fueron idénticos. A pesar de eso, el perfil ideológico y la tradición de las entidades implicadas imprimieron un sello particular en cada caso. Es imposible aquí describir de manera pormenorizada las actuaciones de todas ellas. Se pretende tan sólo darlas a conocer y señalar su cometido.

El Almirantazgo británico y el War Office dieron el visto bueno a la iniciativa del coronel Edward Ward de poner en marcha las *War Library* y las *Camp Library*. Las primeras proporcionaron lectura a los convalecientes en hospitales militares, mientras que las segundas la hicieron llegar a los frentes. El envío de los millones de volúmenes a los campamentos repartidos por el Reino Unido, la Europa continental, el Próximo Oriente o la India contó con el aporte de la General Post Office, que garantizó en todo momento su gratuidad. Colaboraron también la Cruz Roja británica y la Order of St. John War Library (Koch, 1917). Por otro lado, el Camp Education Department propició el establecimiento del British Prisoners of War Book Service, a través del cual se atendieron las solicitudes de lectura de los internados en campos de prisioneros.

En Francia, la Société Franklin fue una de las organizaciones más activas en el aprovisionamiento de libros para el ejército. Antes de la guerra había colaborado en la dotación de bibliotecas militares. Durante el conflicto recibió subvenciones oficiales y aportaciones de diversos comités de ayuda a prisioneros y víctimas de guerra con los que obtener el material que fue distribuido, entre hospitales y otras instalaciones militares, por la Société française de secours aux blessés militaires. Esta sociedad de asistencia formaba parte de Cruz Roja francesa y en tiempo de paz había suministrado lectura a los hospitales militares a través de su *Oeuvre des livres*. Tras la movilización creó los *cercles du soldat*, dotándolos con salas de lectura, y mediante el *Service de Livres* hizo llegar miles de publicaciones a los frentes. A partir de 1915 comenzaron a funcionar los primeros *foyers du soldat*. En estos hogares del soldado, los combatientes encontraban un espacio para el descanso, la conversación y el disfrute de la música y la lectura. Llegaron a Francia de la mano del cuerpo expedicionario británico y fueron instalados por YMCA, con el objetivo de entretener e instruir a los soldados. El suizo Emmanuel Sautter, secretario general de YMCA en Francia, dio el impulso definitivo a su extensión. La llegada de las tropas estadounidenses consolidó su presencia en 1917, ya que se instalaron más de 1.600 *foyers* dependientes de la Unión Franco-Americana (Muller, 2000).

El acopio de material de lectura para los soldados alemanes comenzó muy pronto. Inicialmente desde las bibliotecas se enviaron libros a los hospitales militares y a los frentes. Poco después, los envíos se reorganizaron y su control dependió de las autoridades militares que, entre otras cosas, estableció los criterios para la selección del material. Las bibliotecas lo recibían y clasificaban de acuerdo con los niveles de instrucción en que se habían dividido los lectores potenciales. En esas tareas cola-

boraron bibliotecarios, libreros y ciudadanos. Finalmente, la Cruz Roja lo distribuía. La organización de las *Kriegsbucherein*, bibliotecas de guerra, fue posible gracias a las *Reichsbuchwoche*, campañas de recogida de libros y de colectas de dinero para adquirirlos, celebradas periódicamente en las principales ciudades germanas.

En Italia fueron diversas las instituciones que solicitaron la colaboración de la población y de los editores para crear bibliotecas de campaña. El Comité Central de Asistencia para la Guerra tenía entre sus misiones la de recoger títulos amenos e instructivos para los heridos. El Comitato Nazionale per le Biblioteche negli Ospedali se encargó de suministrar libros a más de un centenar de bibliotecas. También el Istituto Nazionale per le Biblioteche dei Soldati, fundado en 1908 para promover la instrucción del personal militar, solicitó a los ciudadanos su colaboración desde la entrada de Italia en el conflicto (Orvieto, 1918).

La contribución de las bibliotecas públicas americanas fue la más completa de cuantos países intervinieron en la contienda. Desde que Estados Unidos entró en guerra en abril de 1917 las bibliotecas se convirtieron en un instrumento de propaganda al servicio del gobierno federal. Fueron dos las principales instituciones que desarrollaron servicios de lectura para las tropas expedicionarias: la American Library Association (ALA) e YMCA. De forma secundaria intervinieron también la Young's Women Christian Association (YWCA) y el Jewish Welfare Board. Antes del conflicto YMCA contaba con la experiencia adquirida en el contacto con el ejército desde la Guerra de Secesión (Kaser, 1984), y que se amplió con su participación en las guerras hispanoamericanas de Cuba y Puerto Rico, y especialmente en el desarrollo, en 191, de un programa de bibliotecas para atender a los miembros de la Guardia Nacional desplegados en la frontera con México (Hovde, 1997). Desde finales del XIX, ALA había llevado a cabo una profunda renovación de la imagen de la biblioteca y de sus profesionales. Al estallar la guerra tomó el relevo de YMCA en la relación preferencial con las fuerzas armadas. El responsable de ese cambio fue Herbert Putnam, bibliotecario de la Library of Congress, ex presidente de ALA y futuro director del Library War Service, quien usó sus influencias para situar a la asociación bibliotecaria entre las siete entidades que tuvieron la consideración de agencia oficial de colaboración con el gobierno en la organización de todo tipo de servicios para las tropas (Durham, 1978).

No se debería concluir este apartado sin mencionar la contribución de la Fundación Carnegie. Sus aportaciones económicas permitieron construir las bibliotecas en los campamentos de instrucción norteamericanos, y colaboraron en el sostenimiento de las bibliotecas públicas británicas, así como en la reconstrucción de otras en diferentes países europeos, una vez acabado el conflicto (Bobinski, 1969).

## 6. Si no puedes huir, lee

Ya desde las primeras ofensivas en el norte de Francia y en el frente oriental, el número de prisioneros fue descomunal. La situación alcanzó una dimensión sin precedentes cuando el conflicto se prolongó más de lo previsto. Dos datos bastan para ilustrarlo. El registro de la Agencia Internacional de Prisioneros de Guerra, encargada de recabar y transmitir información sobre soldados cautivos, llegó a tener cerca de cinco millones de fichas; hasta la liberación de los últimos prisioneros, en 1923, hubo más de 500 campos de internamiento repartidos por Europa, África y Asia (Boissier, 1987).

El cautiverio eliminaba el riesgo de morir en combate y ahorrraba alguna de las penalidades de la vida en el frente, pero imponía otras, casi siempre difíciles de conllevar. La incertidumbre y la angustia provocadas por la reclusión prolongada desequilibraron anímicamente a infinidad de hombres. En una circular del 15 de agosto de 1914, el Comité Internacional de la Cruz Roja (CICR) solicitó de los comités nacionales que participaran en actividades en beneficio de las víctimas del conflicto. El CICR actuó amparado en una resolución de su conferencia internacional de 1912, donde se le confiaba la distribución de ayuda a los militares capturados. Las convenciones de Ginebra de 1906 y La Haya de 1907 no disponían de una reglamentación precisa sobre las condiciones de cautiverio de los prisioneros de guerra. Por eso, en enero de 1915 el CICR emitió una nueva circular, dirigida a los comités nacionales sobre *L'egalité de traitement pour les prisonniers de guerre militaires ou civils* (*Bulletin*, 1915). Se pretendía garantizar el trato recíproco de todos los prisioneros en relación con diversos aspectos. Por primera vez se mencionaba la necesidad de proporcionarles material de lectura oportuno, siempre y cuando se atendiera a las limitaciones impuestas por las autoridades de los campos.

Paralelamente a la labor emprendida por el CICR, YMCA también atendió a los prisioneros de ambos bandos. El 8 de agosto de 1914 invitó a los responsables de los comités nacionales de YMCA a visitar los campos franceses y alemanes para conocer las necesidades de los soldados. En 1915 representantes del comité americano viajaron a Europa para poner en marcha diversas iniciativas, entre ellas la construcción de bibliotecas. A partir de ese momento el suministro de material de lectura fue constante.

Los acuerdos entre los contendientes para el tratamiento recíproco de los prisioneros respectivos permitió la extensión de sus servicios de lectura. En esos acuerdos se decidió qué material podría entrar en los campos. Así, por ejemplo, alemanes, austro-húngaros y rusos acordaron en 1915 que los libros que recibirían sus prisioneros deberían haber sido publicados antes de 1913, y se trataría siempre de ejemplares nuevos, sin ningún tipo de anotación (Davis, 1993).

En el suministro de lectura, también destacaron los comités de algunos países neutrales y, en especial, el danés, tanto por el volumen de libros y revistas que movilizó para atender a los prisioneros del frente oriental, como por la eficiencia de sus equipos de trabajo.

Otra iniciativa a reseñar tuvo que ver con el envío de libros y otros materiales para que los prisioneros pudieran estudiar. Ya se ha comentado anteriormente que la guerra truncó la formación de muchos jóvenes. Diversas entidades crearon servicios de lectura para estos hombres, como el British Prisoners of War Book Service (Koch, 1918) y la Oeuvre Universitaire Suisse des Étudiants Prisonniers.

## 7. Leer para construir una nueva sociedad

Rusia era un país atrasado y con altísimos índices de analfabetismo. La marcha del conflicto, el hambre y la falta de libertad arrastraron al país a la revolución. A partir de ese momento la lectura contribuyó a modelar una nueva sociedad.

En el siglo XIX la intelectualidad liberal atribuía al libro un enorme poder emancipador. Preveía que su universalización contribuiría al progreso y al cambio social. El zarismo compartía esa visión. Por eso siempre receló de las bibliotecas y ejerció

un férreo control sobre sus fondos. Los intelectuales opinaban también que las bibliotecas debían tener una función educativa y ser accesibles a todos los ciudadanos, pero el Estado zarista había contribuido muy poco a su extensión social. Sólo cuando aumentó el público lector entre la clase obrera creó algunas en las zonas industriales del país. En ningún caso las dotó de literatura política. La propagación de ideas revolucionarias se canalizó a través de bibliotecas vinculadas a sindicatos y partidos opuestos a la autocracia, vigiladas de cerca por la policía y clausuradas en muchas ocasiones por contener textos prohibidos (Yarros, 1918).

Los bolcheviques criticaron la falta de atención del gobierno hacia las bibliotecas. Denunciaron que sus colecciones estaban formadas deliberadamente por obras triviales, inútiles para que los trabajadores tomaran conciencia de su situación y aprendieran a superarla. Los futuros líderes de la revolución tenían clara la función que reservaban a las bibliotecas: colaborar en la edificación de un estado obrero. Para ello debían contribuir al progreso social, a la educación de la juventud, al estímulo de la ciencia y al perfeccionamiento profesional de los trabajadores.

Antes de la toma del poder, los bolcheviques habían diseminado su ideario entre los soldados a través de la prensa revolucionaria. Durante la guerra, el exilio ruso en Suiza creó un comité para el envío de material de lectura a los prisioneros internados en campos alemanes. Simpatizantes bolcheviques organizaron pequeñas bibliotecas donde, además de propaganda y prensa política, se encontraban clásicos rusos y obras de intelectuales y novelistas comprometidos en la lucha contra el zarismo. Se confiaba en que la lectura ayudaría a extender la llama de la revolución entre los prisioneros, deseosos de un armisticio que los devolviera a sus hogares.

Para los bolcheviques las derrotas del ejército ruso fueron la consecuencia de su atraso técnico, y de la inadecuada e insuficiente formación de sus tropas. La abdicación del zar precipitó las deserciones masivas y condujo al hundimiento del ejército. Tras la toma del poder y el inicio de la guerra civil, el nuevo gobierno apenas podía garantizar el control de Petrogrado y Moscú. El instinto de supervivencia política exigía crear un ejército de nuevo cuño, capaz de mantener el poder y de salvaguardar el desarrollo del programa revolucionario. La élite política y militar compartía la idea de que la formación del soldado, en contraste con etapas precedentes, debía capacitarlo como combatiente y hacer de él un ciudadano instruido. El adiestramiento militar iría acompañado de la educación política. De acuerdo con el ideal bolchevique, el ejército, más allá de defender la revolución, tenía la misión de exportarla, tanto dentro como fuera del país. Y para ello se precisaba una profunda transformación cultural en el seno de las fuerzas armadas. Era imprescindible elevar su nivel de instrucción, su completa alfabetización (Hagen, 1995).

Con el objetivo de hacer de cada combatiente un ciudadano leal al régimen, consciente del porqué de su lucha y de las virtudes morales de la futura sociedad comunista, se crearon escuelas para su formación política. Y como la totalidad de conceptos sobre la nueva realidad se recogía en textos, la alfabetización ocupó un lugar prominente en los planes de formación. En medio de la guerra y de una penuria, Rusia se convirtió en un gigantesco campamento armado donde la educación estaba consagrada a su defensa.

La creación de bibliotecas en unidades militares estuvo bajo el control de los responsables de la educación política del Ejército Rojo. Como había sucedido en plena guerra mundial, se pidió la colaboración civil para hacer acopio de libros y

revistas. A diferencia de los resultados obtenidos por los comités de solidaridad durante la etapa zarista, la movilización ciudadana consiguió reunir, sólo en el distrito militar de Moscú, más de cuatro millones de publicaciones. Pese a ello, a lo largo de la guerra civil hubo una extrema carencia de libros para los soldados. Libros y prensa fueron considerados de una importancia capital para mantener la capacidad combativa del ejército, y su envío a los frentes recibió la misma prioridad que el armamento y la munición. El interés político por la función de las bibliotecas entre la tropa se materializó en su constante crecimiento a lo largo de los tres años de contienda civil (Main, 1995).

Las bibliotecas también colaboraron en la alfabetización y la capacitación profesional de la población. Los bolcheviques pretendían eliminar las estructuras del zarismo y modernizar el país, y para eso era indispensable contar con ciudadanos políticamente conscientes y alfabetizados. La realidad era un obstáculo. Contra pronóstico, la revolución había triunfado en una sociedad rural, con una clase trabajadora reducida y poco cualificada, donde convivían millones de analfabetos. Conquistar el poder no conformaba la clase obrera, sólo la habilitaba para desarrollarse correctamente. Si la revolución había dado el poder a obreros y campesinos, éstos debían aprender a ejercerlo. La construcción del socialismo pasaba entonces por la educación (Raymond, 1979).

El Comisariado de Instrucción Pública tuvo la misión de acercar el libro a la población, en un momento en que las librerías estaban desabastecidas y el tejido bibliotecario era de dudosa utilidad. Para revitalizar ambos sectores, se crearon en 1919 una gran editora estatal y un departamento específico para la reorganización de las bibliotecas, que representaban una forma efectiva de colectivización del libro, en consonancia con la transformación de la propiedad que había iniciado la revolución.

Si la educación era esencial para crear una conciencia de clase entre los trabajadores urbanos, todavía lo era más entre los campesinos. En el campo, bibliotecas y salas de lectura fueron las primeras herramientas utilizadas para transformar los hábitos y la mentalidad del mundo rural. La falta de instrucción no sólo impedía a los campesinos comprender los fundamentos ideológicos del nuevo sistema social, sino también aplicar los avances en la gestión agrícola. Las más de 20.000 bibliotecas y salas de lectura en funcionamiento a inicios de los años 20 fueron el núcleo del trabajo cultural y de agitación política entre el campesinado. Se volcaron en el apoyo material del proceso alfabetizador y de diversos proyectos para mejorar sus condiciones de vida (Clark, 2000).

## **8. Bibliotecas y conflicto**

El colofón a los núcleos de interés precedentes busca señalar la influencia de la coyuntura bélica en las bibliotecas, y cómo la inmediata posguerra supuso un punto de inflexión en su evolución.

Las bibliotecas también fueron víctimas del conflicto. El caso más conocido fue el de la destrucción de la biblioteca de la Universidad de Lovaina. Los aliados presentaron este suceso como un ejemplo de la barbarie del ejército alemán. Pero Lovaina no fue la única ciudad que vio destruida o saqueada alguna de sus bibliotecas. Los fondos de la Biblioteca Nacional de Serbia y los de la Universidad de Belgrado fueron considerados botín de guerra y trasladados a Sofía por las tropas búlgaras.

Otro tanto hicieron los alemanes con la colección de la Biblioteca de Varsovia, la tercera en importancia del imperio ruso.

Las bibliotecas se vieron afectadas por otras circunstancias. El reclutamiento redujo su personal, provocando el recorte de servicios y horarios. En no pocos casos algunos de sus espacios fueron habilitados para satisfacer necesidades militares, o se convirtieron en centros de información local sobre el alistamiento y la movilización (Jast, 1915b). Las restricciones presupuestarias limitaron la compra y la encuadernación de publicaciones (Ellis, 1987). El embargo británico a las exportaciones de los imperios centrales impidió que las bibliotecas de Estados Unidos recibieran las novedades editoriales alemanas mientras se mantuvo neutral. La salvaguarda de la seguridad nacional obligó a controlar los fondos bibliográficos y a restringir la circulación de ciertas temáticas. El celo con el que se aplicaron algunas medidas condujo a situaciones aberrantes, como la destrucción de obras consideradas como una amenaza (Wiegand, 1989).

El alistamiento masculino y el desempleo femenino modificaron el perfil del lector habitual. La guerra también modificó el nivel de consulta de ciertos materiales. Creció el interés por la prensa y, especialmente, por las revistas ilustradas. Junto al cine, eran el medio que proporcionaba un testimonio gráfico del curso del conflicto. La demanda de todos los temas que tuvieran relación con la guerra aumentó, y para satisfacerla se creó en Londres el War Book Club, una biblioteca de préstamo. El consumo de literatura de evasión no menguó. Su lectura continuó siendo un buen antídoto contra el desasosiego y la angustia. Por otro lado, la reducción de la oferta de ocio hizo de las bibliotecas uno de los espacios públicos más concurridos. Las exposiciones de carteles o de fotografías de la guerra fueron un reclamo que las hizo más atractivas. Ciertas bibliotecas inglesas incorporaron a sus fondos materiales en lengua flamenca para atender las necesidades de lectura de los refugiados belgas (Jast, 1915a).

En ambos bandos hubo bibliotecarios que colaboraron voluntariamente en la selección del material de lectura para los frentes. También hubo bibliotecas que cedieron parte de sus fondos a esa iniciativa. Pero de forma general, la institución bibliotecaria quedó en segundo plano en la planificación y la organización de los servicios de lectura. La experiencia estadounidense representó la excepción. La American Library Association fue una de las siete entidades que colaboraron estrechamente con el Gobierno Federal en la creación de los principales servicios para atender a los combatientes. El protagonismo alcanzado por ALA habla en favor de sus responsables, que vieron en la guerra una oportunidad inmejorable para que la profesión ganase visibilidad y reconocimiento social. Los norteamericanos se convencieron de que las bibliotecas y sus responsables habían contribuido a la victoria. Su aportación no se limitó al envío de libros y prensa a los soldados. Se implicaron también en campañas gubernamentales de captación de fondos y de ahorro de alimentos, entre otras (Young, 1981).

En el entorno profesional se produjeron otras transformaciones de mayor calado. Una, no exenta de polémica, fue la feminización de los puestos de máxima responsabilidad, principalmente en las bibliotecas británicas y norteamericanas (Brugh, 1976). Otra no menos importante, y de carácter técnico, fue la revisión de la Clasificación Decimal Universal (CDU). A causa de la gran cantidad y la enorme diversidad de obras publicadas sobre la guerra, el mundo bibliotecario se vio ante la necesidad de adaptar su sistema de clasificación para dar una solución adecuada a la organiza-

ción de las colecciones. Para ello se creó un comité ex profeso que adaptó la CDU al nuevo contexto (Decimal, 1919). Como se ha apuntado, las bibliotecas vieron crecer sus fondos, no sólo a través de los materiales tradicionales, sino mediante otros, que hasta aquel momento habían estado poco presentes en las bibliotecas como: carteles, postales, mapas, fotografías, etc. Todo ello comportó cambios en la gestión de las colecciones, e incluso dio lugar al nacimiento de bibliotecas especializadas sobre la Gran Guerra. En Lyon se comenzó a formar una “Bibliothèque de la Guerre”, con documentos de todo tipo relacionados con el conflicto. El ejemplo de Lyon no fue el único (Poulain, 1996).

El suministro de lectura a los heridos permitió el desarrollo y la extensión de las bibliotecas hospitalarias, y el perfeccionamiento de las bibliotecas circulantes. Esta experiencia sirvió para mejorar ambos servicios en conflictos bélicos posteriores.

La guerra también propició el debate y la reflexión sobre el papel que deberían desempeñar las bibliotecas en el futuro. Los profesionales británicos consideraban que, además de colaborar a la educación para preservar la paz, debían apoyar la reconstrucción y el desarrollo económico. Por eso veían imprescindible la creación de *commercial libraries*, destinadas a facilitar la información necesaria al sector empresarial en su pugna por la conquista de nuevos mercados. La primera de este tipo se fundó en Glasgow en 1917. Sin dejar el Reino Unido, la guerra impulsó la revisión del sistema de financiación de sus bibliotecas públicas, establecido en el siglo XIX y que se demostró anacrónico (Shaw, 1916).

Antes de que el Tratado de Versalles obligase a los alemanes a la reparación económica por la destrucción de la biblioteca de la Universidad de Lovaina, se creó un comité para su reconstrucción liderado por la biblioteca John Rylands de Manchester. Esta reunió fondos bibliográficos y aportaciones en metálico procedentes de todo el mundo. Estados Unidos colaboró en la reconstrucción de las bibliotecas públicas del norte de Francia, a través del CARD (Comité Américain pour les régions dévastées), creado en 1916 (Keith, 1977). Inicialmente esas bibliotecas estuvieron instaladas en barracones militares, pero enseguida desconcertaron positivamente a los lectores franceses. La posibilidad de acceder libremente a sus fondos, la existencia de secciones infantiles y una amplia oferta de obras modernas y populares para el público adulto representaron cambios radicales en el perfil de la biblioteca pública europea.

## 9. A modo de conclusión

La creación de servicios de lectura para las tropas fue una iniciativa compartida por las principales potencias contendientes. En Europa fue una iniciativa surgida de forma espontánea desde la sociedad civil y concebida para aliviar el sufrimiento de los combatientes, aunque las autoridades militares pronto pasaron a controlarla y a darle la dimensión que luego obtuvo. Intentar ver en el envío de libros y revistas a los frentes un mecanismo de control ideológico supone una interpretación parcial de un fenómeno que tuvo una significación que fue mucho más allá de la de servir a objetivos militares. Es una explicación que no se debe excluir. Pero el curso del conflicto amplió las funcionalidades de la lectura, y se hizo esencial en hospitales militares, campos de prisioneros y durante el proceso de desmovilización.

Nunca antes de 1914 se había producido una movilización generalizada de las sociedades en guerra en apoyo de sus combatientes. En una guerra total, la totalidad de los recursos también se puso en pie de guerra. El envío de lectura ejemplifica el nexo indisoluble que existió permanentemente entre los dos frentes que padecieron la barbarie de la contienda: el frente doméstico y las trincheras. Por otro lado, en la segunda década del siglo XX la extensión de la alfabetización y de la lectura constituye una característica propia de una cultura de masas. El libro y especialmente la prensa eran productos de consumo masivo. Antes del conflicto que se inició en agosto de 1914 difícilmente se podría haber hablado de una generación de soldados lectores.

Una aproximación biblioteconómica a la movilización de la lectura entre los combatientes no debería soslayar el papel censor que jugaron los bibliotecarios durante el conflicto, ni el profundo debate dentro de la profesión durante e inmediatamente después de la guerra. Esos debates condujeron a la modernización que experimentó la biblioteca pública después de 1918. A pesar de que el tejido bibliotecario, con la excepción de los Estados Unidos, desempeñó un papel secundario en la creación de los servicios de lectura, la experiencia adquirida permitió la extensión de las bibliotecas hospitalarias y de los servicios de lectura para las tropas en la mayoría de los ejércitos. Sin esa experiencia previa no se podrían entender los servicios que hubo durante la Guerra Civil, ni durante la Segunda Guerra Mundial.

La presencia de bibliotecas y material de lectura de todo tipo cerca de las tropas ha de observarse como un fenómeno singular, abordable desde diferentes perspectivas. Los aspectos esbozados a lo largo del artículo han intentado señalar esos puntos de vista, que no se pueden limitar a una aproximación desde la historiografía militar. Existen otros, como el social, el cultural o el biblioteconómico. Un trabajo de mayor envergadura debería ahondar en la significación profunda de cada una de ellos.

## Referencias bibliográficas

- BOBINSKI, George S. (1969). *Carnegie Libraries: their History and Impact on American Public Library Development*. Chicago: ALA.
- BOISSIER, P. (1987). *Histoire du Comité International de la Croix-Rouge*. Genève: Institut Henry-Dunant.
- BRUGH, A.; Beede, B. (1976). American librarianship. **En:** *Signs*. Vol. 1, nº 4, p. 943-955.
- Bulletin International des Sociétés de la Croix Rouge* (1915). Genève : Comité International. Nº 181.
- I cento anni della Rivista Militare*. (1976). Roma: Tipografia Regionale.
- CLARK, Ch. (2000). *Uprooting otherness: the literacy campaign in NEP-Era Russia*. London: Associated University Presses.
- COOK, Tim (2002). From destruction to construction: The Khaki University of Canada, 1917-1919. **En:** *Journal of Canadian Studies*. Vol, 37, nº 1, p. 109-143.
- DAVIS, Gerald H. (1993). National Red Cross Societies and Prisoners of War in Russia, 1914-18. **En:** *Journal of Contemporary History*, Vol. 28, nº 1, 31-52.

- Decimal Classification of the Great War (1919). **En:** *Library Journal*, feb. p. 98.
- DURHAM, Weldon B. (1978). 'Big Brother' and the 'Seven Sisters': Camp Life Reforms in World War I. **En:** *Military Affairs*. Vol. 42, n° 2, p. 57-60.
- ELLIS, A. (1987). English Public Libraries: Years of Crisis, 1914-1919. **En:** *The Journal of Library History*. Vol. 22, n° 3, p. 272-284.
- FUSSELL, P. (2006). *La gran guerra y la memoria moderna*. Madrid: Turner.
- GASSERT, I. (2002). In a foreign field: what soldiers in the trenches liked to read. **En:** *The Times Literary Supplement*, 5171, 17-19.
- GONZÁLEZ Quesada, A. (2006). Llibres a les trinxeres: lectura i biblioteques durant la Primera Guerra Mundial. **En:** *Item: revista de biblioteconomia i documentació*, 44, 7-42.
- GONZÁLEZ Quesada, A. (2009). "Què llegien els nostres voluntaris a la Gran Guerra?". **En:** *Poder polític i resistència periodística: actes de les Segones Jornades d'Història de la Premsa*, Barcelona: Generalitat de Catalunya, p. 146-160.
- Hagen, M. (1990). *Soldiers in the proletarian dictatorship: the Red Army and the soviet socialist state: 1917-1930*. Ithaca: Cornell University Press.
- HOPKINS, Howard C. (1951). *History of the YMCA in North America*. New York: Associated Press.
- HOVDE, D. M. (1997). YMCA libraries on the mexican border, 1916. **En:** *Literature and Culture*, 32 (1), 113-124.
- JAST, L. (1915a). Public libraries and the war. **En:** *The Library Association Record*, XVII (1-2), 10-17.
- JAST, L. (1915b). What public libraries can do during and after the war. **En:** *The Library Association Record*, XVII (10-11), 439-445.
- KASER, D. (1984). *Books and libraries in camp and battle: the civil war experience*. Greenwood Press: Westport; London.
- KEITH Barnett, Graham (1977). *The History of Public Libraries in France from the Revolution to 1939*. Ann Arbor [Mich.]: University Microfilms International.
- KOCH, T. W. (1917). More about books in camp, trench and hospital. **En:** *Library Journal*, oct, p. 778-790.
- KOCH, T. W. (1918). *War Libraries and Allied Studies*. New York: G.E. Stechert.
- KOCH, T. W. (1919). *Books in the war: the romance of library war service*. Boston; New York: Houghton Mifflin Company.
- MAIN, S. J. (1995). The creation and development of the library system in the Red Army during the russian civil war (1918-1920): a historical introduction. **En:** *Library Quarterly*, 65 (3), 319-332.
- MCKENZIE, Kenneth (1918). Manuals of French with Reference to Overseas Service. **En:** *The Modern Language Journal*. Vol 2, n° 6, p. 275-283.
- MEIER Schlesinger, Arthur (1919). The Khaki Journalists, 1917-1919. **En:** *The Mississippi Valley Historical Review*, Vol. 6, n° 3, p.350-359.
- MULLER, M. (2000). *Les bibliothèques militaires dans le foyer du soldat*. Paris: Université de Paris.
- NATTER, W.G. (1999). *Literature at war: 1914-1940: representing the 'Time of Greatness' in Germany*. London: Yale University Press.

- ORVIETO, Adolfo (1918). *I libri ai soldati*. Milano: Federazione Italiana delle Biblioteche Popolari.
- POPE, Steven W. (1995). An Army of Athletes: Playing Fields, Battlefields, and the American Military Sporting Experiences, 1890-1920. **En:** *The Journal of Military History*. Vol, 59, n° 3, p. 435-456.
- POULAIN, M. (1996). Philanthropy, Benefaction, and Libraries in France, 1916-1929. **En:** *Libraries & the cultural record archive*. Vol. 32, n° 1, p. 447-465.
- RAYMOND, Boris (1979). *Krupskaia and soviet russian librarianship, 1917-1939*. London: Scarecrow Press.
- SHAW, G. (1916). War finance and public libraries. **En:** *The Library Association Record*, XVIII (2-3), 139-145.
- SPAULDING, F. B. (1920). A special library that encircles the globe. **En:** *Special Libraries*, 11 (4), 94-96.
- SUBIRÁ, José (1922). *Epistolarios y narraciones: selección refundida*. Madrid: Patronato de Voluntarios Españoles.
- WARD, E. (1915). The work of the camps library. **En:** *The Library Association Record*, XVII (10-11), 433-438.
- WIEGAND, W. (1989). *An active instrument for propaganda: the american public library during World War I*. New York, London: Greenwood Press.
- YANIKDAG, Yucel (1999). Ottoman Prisoners of War in Russia, 1914-22. **En:** *Journal of Contemporary History*. Vol, 34, n° 1, p. 69-85.
- YARROS, Victor (1918). The library and the book in Russian Revolutionary Movement. **En:** *Library Journal*, marzo, p. 147-151.
- YOUNG, A. (1981). *Books for sammies*. Pittsburgh: Beta Phi Mu.